

MARINETTI + PICASSO = PARIS < SANTA RITA
PINTOR + FERNANDO PESSOA
ÁLVARO DE CAMPOS
!!!!

CARTAS DE MÁRIO DE SÁ-CARNEIRO A FERNANDO PESSOA.

Diciembre de 1912 y enero de 1913

Traducción de María Díaz López, Nuria Alberca Remigio, y Paloma Panero Kleiner

Coordinación y revisión de la traducción: Rebeca Hernández

París – Año 1912

Último día

Querido amigo:

Va a tener que perdonarme. A su admirable y larga carta, voy a responderle brevemente, desarticuladamente. En este instante atravieso un período de “anestesiamiento” que me impide expresar las ideas. Este anestesiamiento se resume en llevar una vida vacía, inerte, humillante –y, a pesar de todo, dulce. Otros consiguen esta beatitud con morfina, ingiriendo alcohol. Yo no; actúo de otro modo: salgo por las mañanas, doy largos paseos, voy al teatro, paso horas en las cafeterías. Consigo expulsar el alma. Así no me duele vivir. Me despierto a veces, pero luego tapo mi cabeza con las

sábanas y me duermo de nuevo. No obstante, quiero que este letargo acabe. Y he fijado el final para dentro de exactamente una semana...

El estudio de sí mismo es magistral –se trata de un documento que guardaré muy bien, agradeciéndole desde lo más profundo de mi alma la prueba de amistad y consideración brindada. Créame cuando le digo que mis palabras no pueden traducir mi gratitud. El día que le conocí fue uno de los más bonitos de mi vida. Había conocido a *alguien*. Y no solo a una gran alma; también a un gran corazón. Déjeme abrazarle, darle uno de esos abrazos en los que se funden nuestras almas sellando una amistad leal y fuerte.

Con respecto a Santa-Rita, mi opinión difiere mucho de la suya y de la de Veiga Simões. No me parece un caso de Hospital, sino más bien –puede que le sorprenda– un caso de la prisión de Limoeiro... Pequeñas ventanas que se abren en su vida, en sus pensamientos y que tan solo dejan ver hipocresía, mentira, egoísmo y un cálculo que se resume en lo siguiente: el fin justifica los medios. No obstante, créame cuando digo que su elección de tales medios, cubismo y monarquía, ha sido muy poco acertada...

En realidad es un personaje interesante, aunque también lamentable y despreciable.

El “Hombre de los Sueños” está por medio. Pero últimamente no he pensado en él. He aquí una nueva frase. Dígame qué opina al respecto: “Está claro que en la vida todo responde a determinadas dualidades, al igual que ocurre con los sexos. Dígame, ¿existe algo más desolador que el hecho de que tan sólo existan dos sexos?”. La frase es más o menos así. Más adelante, el Hombre describirá la voluptuosidad de un país en el que existen infinitos sexos, de modo que se pueden poseer varios cuerpos *a la vez*.

Lo terminaré a lo largo de este mes. Sin embargo, le ruego que me diga si debo incluir o no esta nueva idea de la diversidad de los sexos. *No se olvide de esto en su próxima carta.*

Al final, tras haberme enviado su libro, que contenía la amable dedicatoria que usted mismo leyó y que decía que en el *Mercure* se hablaría pormenorizadamente del *Principio*, Ph[iléas] Lebèsque se limitó a criticar la acogida del volumen. Además, el último número del *Mercure* habla de usted, así que se lo haré llegar mañana.

En breve escribiré una carta en condiciones. Una vez más, le suplico perdón y le agradezco profundamente su amabilidad.

Un fuerte abrazo.

Sá-Carneiro

Aunque “sucia”, ¡sublime la frase de Pascoais!

∞

Año Nuevo

1913

Ideas y deseos.

Sá-Carneiro

(París)

∞

2 de enero de 1913

París

Querido amigo:

En la carta de hoy le envío el número del *Mercur de France* que no le envié ayer, tal y como le había dicho en mi carta, pues estaba acabando de leerlo.

Un fuerte abrazo.

Suyo,

Sá-Carneiro

∞

París – enero de 1913

Día 7

Querido amigo:

Me apresuro a responder a su carta recibida el día de hoy.

Lo que dice en ella me ha alegrado y me ha entristecido. Me ha alegrado su colaboración en esa revista inglesa. Creo que es algo maravilloso, un trabajo sobre todo útil y una buena acción, que es la de dar a conocer en el mundo a los poetas portugueses de hoy, hacer saber que en una esquina amargada y olvidada de Europa una poesía grande y nueva comienza a desarrollarse, rozando horizontes desconocidos, perturbadores y bellísimos. ¡No desista de ese trabajo!

Me parece muy afortunado el nuevo plan de publicar sus versos. El título *Gládio* es, en mi opinión, un auténtico hallazgo, algo muy bello. No debe revelárselo a nadie, no vaya

a aparecer en los escaparates de las librerías cualquier plaquette anémica y absurda con ese nombre.

¿La “Sinfonía en X” no podría incluirse en este volumen? Se me ocurre que tal vez sí, porque en ella hay, en efecto, un combate. El poeta esgrime, empuña el *gladio* contra lo desconocido, lo infinito, que quiere abrazar, comprender, sintetizar. ¿Qué le parece? Pero el hecho de incluir una poesía en este o aquel volumen es algo de poca importancia y que no debería torturarlo.

Lo que me ha entristecido de su carta es lo que dice de *sí* mismo. Me alegro de que en el “suplemento” escriba que ha recobrado un poco de energía. Créame que le comprendo y, es más, siento muy bien la tragedia que me describe, tragedia en la que tantas veces me he visto sumergido. ¡Es algo horrible! Un enorme abatimiento nos aplasta, el pensamiento se nos escapa y sentimos que nos faltan las fuerzas para atraparlo. Y lo que es peor: *sentimos que si nos diesen esas fuerzas, incluso así, no lo atraparíamos*. Y el tiempo se va durmiendo. En el fondo sabemos que la crisis pasará. Fijaremos la idea, y la *realizaremos*. Pero aunque lo sepamos firmemente, no lo *creemos*. En lo que a mí se refiere, querido amigo, aunque sepa muy bien que he de escribir más libros, no lo concibo en estos períodos de aniquilamiento. A este respecto, tengo que decirle que me parece que se aproxima una época de energía, tras tantos meses de pasividad. Ya veremos...

Que le suceda algo similar, es eso lo que de corazón deseo y espero. ¡Ay! Cómo comprendo y siento las líneas que escribe: “Aun así, no cambiaría lo que en mí provoca este sufrimiento por la felicidad de entusiasmo que sienten hombres como Pascoais”. Esto que ambos sentimos procede del artista que hay en nosotros (¿?) misteriosamente. Los entusiasmados y felices por el entusiasmo, incluso Pascoais, sufren de *poco arte*”.

¡Qué cierto y qué bien dicho está esto! Y cómo me altero cuando, llenándose de aire, con las narinas abiertas, la mirada mirando a lo alto, y porque es altísimo el eterno Santa-Rita me *alecciona*: “¡Crea, querido Sá-Carneiro, que en el arte el entusiasmo lo es todo! ¡Cuánto amo a las personas que son puro entusiasmo! Que se inclinan hacia alguien, o hacia alguna idea, sin reflexionar, sin admitir términos medios ni racionios. Estas son las individualidades, las *criaturas de raza*. ¡Ay! Y yo soy una de estas criaturas de *raza*, ¡toda de *raza*! Soy árabe, español... Usted, querido Sá-Carneiro, carece de entusiasmo, de instintos. Es puro cerebro... Y mire, yo admiro a las individualidades sean como sean. ¿Conoce en Lisboa al amigo Veríssimo, de la papelería de Camões? Cómo admiro a ese hombre... Todo un papelero... Y religioso, muy monárquico...” Etc. Y por aquí fuera reina el contrasentido, la impetuosidad... el disparate, el desorden, en resumen, que nunca son el genio (o como mucho son genios fallidos) - porque ese, cierto es, puede ser y es *locura*, pero no locura barata y mezquina, sino locura grande, resplandeciente. No se imagina cómo me incomodan, me arrebatan y torturan las conversaciones con este personaje de quien procuro alejarme lo más posible. Actualmente hace 15 días que no le veo. Ver que alguien no tiene razón, y que triunfantemente a cada paso brama que la razón está de su lado, es para mí algo insoportable.

Sus cartas, querido Fernando, esas son, por el contrario, algo profundamente bueno que me conforta, *anima*, deleita. Ellas me hacen sentir feliz por un instante. Qué bueno es tener a alguien que nos hable y que nos comprenda y sea bueno y sincero, lúcido, inteligente = grande.

¡Con qué placer [lo] abrazaré de aquí a seis meses! Las largas y deliciosas conversaciones que mantendremos...

Hablando de ideas nuevas, esta nació ayer por la noche: un artista busca la perfección. Es esta su máxima tortura, y deshace y rehace su obra. Vence: alcanza la perfección y sigue queriendo hacerla más grande: pero el lienzo sobre el que trabaja se desvanece por fin, se diluye, se convierte en espíritu. Desaparece. *Ese artista superó la perfección*. Es posible que en vez de un pintor haga de él un músico. No le concedo a esto, por ahora, una gran importancia. *Dígame su opinión*. Y muchas gracias por lo que escribe acerca de la nueva idea del “Hombre de los Sueños”.

Como era mi intención, mandé mi libro acompañado de una carta al redactor de la *Comoedia* G. de Pawlowski. Él me ha dado esta interesante respuesta (leer el papelito adjunto). ¿No le parece curioso? En la “Semana Literaria” de la *Comoedia* anunció la recepción del libro diciendo que era un volumen de novelas cortas publicado en portugués. Bastante más delicado que Leblèsque, pues ni siquiera le envié el libro a la redacción; tan solo a él y a su domicilio particular.

Adicionalmente, debo decirle que otro título que me agrada mucho es el de *Ascensión*, donde tal vez mejor (seguro que mejor, a no ser por el tamaño grande del *Orfeo*) quepa la “Sinfonía en X”. Quiero resaltar aquí un admirable y enorme verso suyo, este:

“Cuando más desciendo en mí más asciendo en Dios”.

Y qué bien entiendo, profundamente bien, esa estrofa soberbia por lo que dice en las palabras y en el sonido: “Alma que... etc...”. ¡La creencia mayor, la auténtica creencia noble y pura, es la descrita en ella!

Y un fuerte abrazo, querido, muy querido Fernando.

Suyo,

Sá-Carneiro

¡Escriba!

Como todas mis cartas esta es infame en la prosa y en la caligrafía. Mil perdones. Es que tocan la Martinica aquí a mi lado...



París, 21 de enero de 1913

Querido amigo,

Está siendo relativamente largo su silencio, tan solo relativamente, recalco.

Y como a mi disposición de espíritu le apetecen en este instante algunos minutos de conversación con un amigo doblemente querido, por la amistad y por las “ideas”, se me ocurrió escribir esta carta banal, desinteresada y rápida.

Voy viviendo como siempre, mirando mucho hacia mi interior, soñando “más allá” para en seguida, escépticamente, encoger los hombros y seguir soñando... La eterna devanadera... símbolo mezquino, pero eso sí, muy real de la existencia. Por lo menos de mi existencia. ¿Devanadera o veleta? No sé. Y todo esto es tan triste, tan triste...

Ramos –ignoro si ya se lo he dicho– me escribió desde Río y va a volver a Lisboa en febrero.

¿Sabe que Santa-Rita ha descubierto a un Fernando Pessoa por aquí? Y yo estoy de acuerdo con el descubrimiento. Ayer mismo se sentó junto a nosotros en un café del Barrio Latino. Pero no lo hemos conocido. Porque este Fernando Pessoa es tan solo un joven que nos recuerda a usted. Nos hace recordarlo mucho. No tanto en los rasgos fisionómicos detallados como en el “aire”, en la expresión, en cierto gesto o tic de actitud inmóvil, rostro recostado sobre el brazo, muy característico suyo. ¿Comprende? Y por eso me gusta verlo.

Porque fluidos simpáticos y nostálgicos fluctúan envolviéndolo, porque su presencia me hace recordar, en fin, a un amigo querido. Y crea que estas evocaciones, niñerías, son, pese a todo, muy dulces.

¿Qué pasa renacientemente por ahí?

¿Quebraría la Gran Ave las alas ungidas de misterio, embriagada de luz? Disculpe la palabrería, que esa, la verdad, es de un embriagado. Pero bien sabe que detesto el alcohol. Es tal vez de la lluvia, exceso de agua. Porque llueve mucho hoy. Un horror.

La gran ave en cuestión, seguro que lo ha entendido, es la revista *A Águia* que a mi juicio está paralizado. ¿¡Por qué!?

¿Y esta gente? ¿Lacerdas, Beirões, Santas-Ritas, Ponces, Ferros...? (¡heterogénea mezcla!), Castañés & C.^a, ¿caricaturesco? Dígame qué le parece.

Detesto el alcohol. No fumo. No juego. No me inocular morfina ni cocaína. La absenta me sabe mal. Ceno todos los días a horas diferentes en restaurantes diversos. Como platos variados. Tanto me acuesto a las 3 de la mañana, como a las 9 de la noche. *Soy incapaz de tener un horario, de tener hábitos*. Y es por ello por lo que no fumo, por lo que no juego, etc. Los vicios son hábitos, tan solo son malos hábitos.

Y soy tan renitente a los hábitos que estoy acorazado de acero fantástico para los vicios. Nunca podré ser un vicioso del mismo modo que nunca seré un hombre sensato...

Pero francamente, al escribir esta carta, ¡parezco abismado en un Atlántico de vino peleón!...

En mi psicología verdaderamente enrevesada hay cosas interesantes que le detallaré de vez en cuando, muy por encima, como pago de sus estudios. Mire, por ejemplo: la imposibilidad de renunciar. Escuche:

Yo decido correr hacia una probable desilusión. Y una mañana, recibo en el alma una sacudida más, prueba real de esa desilusión. Era el momento de recular. Pero yo no reculo. Ya sé, positivamente sé, que solo hay ruinas al final del callejón, y continúo corriendo hacia él hasta que los brazos se me parten al encontrarme con el muro espeso del callejón sin salida. ¡Y usted no se imagina, mi querido Fernando, a dónde me ha conducido esta manera de ser!... Hay en mi vida un episodio muy lamentable que solo se explica así. Aquellos que lo conocen, en el momento en el que lo viví, lo llamaron locura y disparate inexplicable. Pero no lo era, no lo era. Es que si yo comienzo a beber de una copa de hiel, forzosamente he de beberla hasta el final. Porque - ¡qué extraño! – sufro menos agotándola hasta la última gota que lanzándola apenas catada. *Yo soy de esos que llegan hasta el final.* Esta imposibilidad de renuncia, la encuentro bella artísticamente, incluso he de tratarla en uno de mis cuentos, pero la vida es algo triste. Los actos de mi existencia íntima, uno de ellos cuasi trágico, son el resultado directo de ese triste fardo. Y cosas que parecen inexplicables, se explican así. Pero nadie las comprende. O tan pocos...

Si he sido conducido a estas divagaciones es porque actualmente en una circunstancia análoga me encuentro. Me lancé a la carrera hacia una ilusión dorada, ¡pobre ilusión! Sin embargo, esta podía ser una realidad. Pero antes de ayer volví a recibir una vez más la sacudida en el alma. Y continúo corriendo...

Después me siento tan pequeño, tan flaco, tan poca cosa...

Y siempre un escalofrío en la columna, aterrador, que esteriliza...

Y pese a todo es en estos momentos en los que - ¡oh, miseria! – encuentro un poco de color rosa en la vida...

Literatura... literatura...

¡No! ¡Yo no tengo la culpa de ser así!

“Triste producto” me llamaba una noche lluviosa de este otoño un amigo querido, hoy tan lejos.

Y tenía razón...

En lo que a mí respecta, en todas las almas hay cosas secretas cuyo secreto se guarda hasta su muerte. Y se guardan, incluso en los momentos más sinceros, cuando en los abismos, nos exponemos, todos doloridos, en un lance de angustia, ante los amigos más queridos, *porque las palabras que las podrían traducir serían ridículas, mezquinas, incomprensibles hasta para el más perspicaz*. Estas cosas son materialmente imposibles de decir. La propia Naturaleza las encerró, sin permitir que la garganta humana pudiese encontrar sonidos para explicarlas, tan solo sonidos para caricaturizarlas. Y como esas ideas-entraña son las cosas que más estimamos, siempre nos falta valor para caricaturizarlas. Eso explica lo “aislados” que todos nosotros, los hombres, somos. Dos almas que se comprendan interiormente, que se *conozcan*, que sepan mutuamente todo cuanto en ellas habita, no existen. Ni podrían existir. Estoy convencido de que el día en el que se comprendiesen totalmente - ¡lo ideal de los que aman! – se fundirían en una sola. Y los cuerpos morirían.

¡Literatura!... Aquí surge la idea para otro cuento...

Es curiosa esta función del cerebro-escritor. De todo cuanto en sí descubre y piensa hace novelas o poesías. Más feliz que los otros para quienes las horas de meditación sobre sí mismos son horas perdidas. Para nosotros, son ganadas. Solo que menos nobles. El desperdicio es noble. El interés vil. Y el artista es más interesado que el judío. ¡Todo - escenarios, pensamientos, dolores, alegrías – se le transforma en materia de arte!... ¡Gana siempre!

¡Cosas tristes!

¡Cosas grandes!...

¡Qué orgullo! ¡Qué orgullo!...

Perdone este caos, perdóneme de corazón y escíbame *pronto*, muy pronto, ¿sí?

Hable de lo que le digo, haga referencias a esta borrachera.

Un fuerte abrazo,

su muy, muy amigo

Sá-Carneiro

50, rue des Écoles

Grand Hotel du Globe

¡Escriba!...

¿Ha recibido el *Mercure*?

∞

París, 21 de enero de 1913

a las 10 de la noche

Querido amigo:

Esta tarde le he escrito una carta y ahora, por la noche, voy a escribirle otra... Lo que pasa es que en un lapso de cinco horas han nacido cosas que no me puedo resistir a contarle —a aburrirle y a pedirle su opinión sobre ellas. Se trata de proyectos literarios. Pero si abrió esta carta primero, le pido que lea la otra antes.

Y perdóneme...

Comienzo (la carta va a ser larga; ¿me perdonará?).

Últimamente he estado muy desolado al ver el tiempo pasar y me han faltado las fuerzas para escribir el libro que quiero publicar cada año, es decir, para escribir mi

volumen de 1913. No es que –¡santa modestia!– me faltaran las ideas o que mi cerebro estuviese vacío. Al contrario. Tensiones nuevas me invadían, material más vago e intenso – superior por tanto. Pero para lo que yo me sentía castrado en este período que amenazaba con prolongarse era para el trabajo material de grandes composiciones –novelas extensas, quiero decir, como las que tenía intención de manufacturar para el *Perturbadoramente: La confesión de Lucio* y *Gentil Amor*. Pues hoy se me ha revelado una manera de “arreglar las cosas”, perdone el lugar común. Es la organización de un pequeño libro que me parece realmente interesante y original y que a esas cualidades se le añade su pequeña extensión material. Es un libro que tiene mucho más que ver con el *pensamiento* que con la *mano*. Es un libro que llevará meses de trabajo en la *calle* y semanas de escritura. Justamente lo “ideal” para el período que atravieso. En efecto estoy viviendo con una “tensión” muy elevada que no me permite concentrarme. Pero la “concentración” para escribir este volumen la encontraré fácilmente porque en el mejor de los casos es algo que en total no excederá 30 días de trabajo de mesa.

Ahora escuche el plan del libro y su descripción. Y desde ahora le digo que le pido toda su atención espiritual, toda su comprensión, toda su sinceridad para decirme lo que piensa acerca de lo que le voy a exponer y para darme los consejos que le voy a pedir.

[...]

Las cartas originales se encuentran publicadas en

Cartas de Mário de Sá Carneiro a Fernando Pessoa. Ed. de Manuela Parreira da Silva

Lisboa, Assírio & Alvim 2001

Imagen: Fragmento del poema “Manucure”, de Mário de Sá-Carneiro (1915)
En Sá-Carneiro, Mário: *Obra Poética Completa*. Lisboa, Publicações Europa-América, 1991

